

Murió Maradona, murió un ícono antiimperialista de nuestro continente

A la edad de 60 años, el ídolo global Diego Armando Maradona encuentra el final de su corta e intensa vida. Para una parte de los fanáticos del deporte más popular del planeta, es uno de los mejores expertos que la pelota y el césped hayan conocido. Para otros, estamos hablando de un Dios, un ser mitológico cuyo comportamiento excéntrico dentro y fuera de los campos nunca será olvidado y / o emulado.

Niño de Lanús, en las afueras de Buenos Aires, Dieguito inició su carrera profesional en 1976 en Argentinos Juniors, un club de trabajadores fundado en 1904 bajo el nombre de «Mártires de Chicago» en honor a los obreros asesinados en la ciudad estadounidense el 1 de mayo de 1886. La temprana y magistral técnica de su pierna izquierda pronto lo proyectó entre los principales jugadores argentinos, lo que no fue suficiente para calificarlo a un lugar en la Copa de 1978 que ganó el anfitrión seleccionado argentino. Solo ocho años después, a los 26 años, Maradona tendría la oportunidad de llevar a su país al máximo título del fútbol mundial. Y lo hizo con una maestría inigualable, especialmente en los cuartos de final ante Inglaterra, en la que ejecutó una doble venganza simbólica contra los invasores de las Islas Malvinas: un gol con la mano («La mano de Dios») y un gol antológico pasando por la mitad del equipo contrario. Ambos goles fueron celebrados por los argentinos como nunca antes en la historia de un país.

En su actividad clubística, Maradona tuvo su mejor momento en el Napoli, camiseta celeste por la que ganó el concurrido campeonato italiano y la Copa de la UEFA. En el sur de Italia, la región más pobre y discriminada de la Vecchia Botta,

Maradona consolidaría su posición como ídolo masivo, llegando a la insólita situación de recibir el apoyo napolitano ante la selección italiana en las semifinales del Mundial de 1990 disputado en pleno suelo italiano.

Siempre rebelde como atleta, nunca dejó de enfrentarse a la burocracia que dominaba a la FIFA, pagando un alto precio por ello en el Mundial de 1994 en Estados Unidos. Después de hacer un trato entre bastidores con João Havelange y su troupe (Maradona tomaba drogas para adelgazar, sin el tamiz del control antidopaje, en nombre de los intereses comerciales de la mayor entidad del fútbol), se vio traicionado por la FIFA y nunca se deshizo de ser llamado de «adicto a las drogas».

El caso es que pocas veces la brújula política de un deportista ha sido tan antiimperialista como la del genio Maradona, a pesar de que algunas de sus amistades merecen mayores cuestionamientos (el acercamiento a Menem, Ortega o Maduro, por ejemplo). Quizás sólo el brasileño Sócrates lo alcanzará como jugador en la simbología revolucionaria. Pero ser amado por un pueblo como Maradona es ... ¡imposible! De principio a fin, Diego Armando Maradona fue un producto de la cultura obrera latinoamericana y por eso hay que celebrarlo.